



Los Amantes - Giulio Romano (1499 - 1546)

# A Mi Próximo Amante Humanista

// Isabela Vargas\*

*“Siempre llegaba su alma cansada a los suburbios  
A la estación estable de la soledad  
A la alcoba satinada de sombras”.*

José Ramón Mercado

A esos ojos negros y penetrantes que se perdieron en  
un pasado cobarde...

Me hago la desentendida. No te miro a los ojos, no por miedo a tu embrujo, sino porque me ahuyenta mi tendencia de lanzarme a los abismos. Me temo que perteneces a esa raza de seres que les basta una palabra, o peor, les basta un silencio para tener a su “presa” debajo de sí mismos. En todos los sentidos posibles. Me aterroriza pensar que volveré a hacer esclava de unos labios huidizos, de una lengua prolífera en placer, pero poco partidaria de las explicaciones de sofá. Me da escalofríos pensar que un humanista volverá a ser el dueño hasta de esa saliva que se derrama por mi barbilla cuando duermo. Sí, un humanista... Y

Otra clase de humanistas son los “desarrapados”. Tienen la camisa afuera, los zapatos sucios, los cordones sin amarrar y bajo las suelas. Se les puede ver con la misma ropa varios días a la semana, la gorra en igual posición y cuando se la quitan, es notoria la ausencia del cepillo.

antes de que prolongues esa mirada despectiva e incrédula, deja que mi “labia” remplace el tedio que te produce el rechazo de mis senos a tus manos serpenteantes.

Me arriesgaría a afirmar que existen varios tipos de humanistas. Están aquellos que tienen en su repertorio toda clase de aforismos y versos cuidadosamente escogidos y que, según ellos mismos, tienden a ser infalibles al momento de ir de “cacería”. Aquí también se ubican aquellos que simplemente tienen un arsenal suficiente para disparar la frase correcta en el contexto adecuado a sus necesidades.

\* Estudiante, amante, impía | Contacto: Plaza de la Trinidad.

Esta clase de especímenes son especialmente acogidos por las jóvenes de primer, segundo y tercer semestre de universidad, que los ven como “interesantes”, “él habla bonito”, “es encantador”. Tienen un tono de voz, no necesariamente fuerte, pero sí firme y seguro. No vacila su acento, aunque esté diciendo la pendejada más obvia. Mira a los ojos, habla pausado y cada uno de sus movimientos tienen la misma precisión de un reloj fabricado por un ciego de nacimiento. Fascina su porte, su andar que simula el vuelo de un águila; nada que ver con esos insignificantes que rebuscan las palabras, para luego salir con sandeces como “déjame decirte que te ves espectacular”, “estás buena, mami”, o “me gustan las mujeres con gafas porque el amor es ciego”.

De hecho, estos humanistas, apenas aparecen, tienen la virtud de hacer ver tan “pálidos y grises” a sus congéneres, cuyos planes oscilan entre el cine a mitad de precio de los miércoles, los obligados viernes de rumba en Mister Babilla y la visiticas de novio en la terraza de la casa. Es como si de un tajo se descubriera la estrechez mental, la mecánica rutina de los típicos cortejos amorosos y se le agradeciera a ese ser, salido de la nada y del todo, por aparecer y redimirnos.

Otra clase de humanistas son los “desarrapados”. Tienen la camisa afuera, los zapatos sucios, los cordones sin amarrar y bajo las suelas. Se les puede ver con la misma ropa varios días a la semana, la gorra en igual posición y cuando se la quitan, es notoria la ausencia del cepillo. Nada que ver con el dandi, su donaire, sus palabras completas, totalizadoras y embriagantes. Este sujeto es el propio poeta de buhardilla barata, la pesadilla de sus arrendadores, el intento reencarnado de Bukowski, del motel a 6.000 pesos la hora, del 31 de diciembre en una taberna cualquiera viendo un partido de beisbol. Este sujeto no tiene palabras precisas, ni embellecedoras. De hecho, pareciera alimentarse de la fealdad del mundo, y generalmente por él hablan mejor un bajo, una lectura en público o las referencias de alguien que alguna vez cruzó un tinto o un vino con él.

A cambio de versos encriptados, por estos seres no habla nadie más que su pene erecto; se preguntan y le preguntan a su interlocutora que habrá bajo su falda si su mano se introduce en el ángulo y el sentido correctos —Por “la ruta que va al sur”, como en la

Son amantes, no porque amen tus uñas, la grasa de tu cabello y hasta los callos que escondes.

Son amantes, porque sus dientes rasgan un cuello, como si de eso dependiera su pase a la eternidad.

canción de Vilma Palma—. Se regodean al ver sus víctimas meterse el pelo tras la oreja y esconder inútilmente el rubor de sus mejillas. Disfrutan el papel de lobo, porque saben que Caperucita no tardará en “traicionarse a sí misma” y que su resistencia se ahogará en el último aullido del éxtasis. En cualquier parqueadero, detrás de cualquier carro, bajo una tormenta eléctrica, o a tres metros de la policía montada. “Me dueles donde ya no eres”, como dice Efraín Medina.

No llaman seis veces al día, ni sus saludos empiezan con un “hola, linda”, “que hermosa te ves hoy”. Les repugna el dandi, porque lo ven postizo. O simplemente no se dan por aludidos. No se asumen como humanistas, ni como Casanovas, ni nada por el estilo. A diferencia del “humanista embellecedor”, esta casta cree que su encanto reside precisamente en vomitar al mundo sus restos. Como ese atormentado personaje de Miller, en *Tropico de Capricornio*, la exudación que desprenden en cada uno de sus ataques pareciera gritar: “Ya no miro a los ojos de la mujer que estrecho en los brazos, sino que nado a través de ellos, cabeza y brazos y piernas [...]”. Son de los que esta carta les parecería cursi y creerían que mis problemas se resolverían con un buen polvo.

Son amantes. Aman en cuerpo y alma. Y antes de que califiques mi expresión como un pleonasma —pues puede que pertenezcas a la categoría que tiende a ver el detalle y el dobladillo de lo dicho al vuelo, y despreocupadamente lanzan un comentario humillante— te diría que estos seres vierten el sexo en un instante. Son amantes, no porque amen tus uñas, la grasa de tu cabello y hasta los callos que escondes. Son amantes, porque sus dientes rasgan un cuello, como si de eso dependiera su pase a la eternidad; porque una cremallera o un botón sucumben a sabiendas de que después del cielo, el “mañanero” será en el infierno. Porque casi todos son incansables, y no se necesita ritualizarlos con velas e in-



Tomado de <http://blogs.70minutos.es/trasdos/2011/05/25/oscar-wilde/>

cienso para llevarlos de una conversación de Jattin al lecho que toque en suerte.

De vez en cuando, puedes jugar a amarrarlos. La mayoría huye al primer intento. Son alérgicos a todo aquello que amenace el tic tac de su reloj hedónico. Casi nunca son conscientes de que escapan. Sus pies son más rápidos que su voluntad. Huelen a metros el denominado “Síndrome de Pié Grande”. Perciben cuando una presencia tierna y casi ininteligible, aquella que se disfruta, pero que no estorba, va convirtiéndose en una angustiada sombra que supera a los árboles. Entonces, así como el colonizador inglés se aterrorizó ante una figura mitológica gigantesca surgida del seno de las Montañas Rocallosas, y que los indígenas adoraban, el humanista debe salvar su pellejo. Aun cuando a este pellejo le recuerden sus poros que se necesita esa sombra, tanto como se teme a su oscuridad. Aun así, la huida es la única opción. La jaula no entra dentro de la bitácora de su viaje. Y si te promete que cesará su exilio y regresará por ti, piensa que, como Phileas Fogg, será después de darle la vuelta al mundo en ochenta días, pudiendo ser en cuarenta y ocho horas.

Es probable que haga pausas y en una de ellas vuelva. Vuelva aún si no se despidió. Vuelva como si nunca se hubiese ido. Vuelva incluso cuando tú lo creías muerto y te había dejado su aliento de toro salvaje entre pecho y pecho. Y entonces, entre el asombro y el orgullo, puede que yo también vuelva a su cama y a sus bailes eróticos. Que regrese la

luna y sus cuatro fases en una noche. Que te hable de sus cuitas y de lo falaz que es el mundo. Al final quedas arrepentida de haber juzgado su inocente viaje y de pensar que no retornaría a tu vientre fiel.

Algunos duran cinco días en la expedición al averno, otros incluso años. Estos individuos no pueden ser medidos con las reglas de la convencionalidad. Su tiempo y sus espacios llegan a la quinta dimensión y un minuto para ellos es lo que dura una hormiga culona en ir del Caribe hasta la Mitad del Mundo en Ecuador.

Seguramente debes estar pensando por qué me tomé el trabajo de escribirte algo un poco más que mis futuros suspiros, si el desenlace va a ser el mismo. Es probable que te sientas identificado con algunas de las cosas que he plasmado o quizá no lo has visto como suficiente excusa para suscitar tu “reflexión”. En el mejor de los casos, debes estar pensando que con esta catarsis pretendo cambiar tus posturas, y a manera de sicología inversa, convertirte en mi Ken ideal. Que esa chica que conociste en un bar cualquiera, en una noche que jamás existió, es una neurótica en potencia y que te hizo un gran favor al ponerte en preaviso.

Yo tampoco tengo esas respuestas. Quizá esta misiva, antes que un auto exorcismo “humanista”, no es más que un trabajo por encargo. Mi consejo es que no me prestes mucha atención. Al fin y al cabo, no soy más que la “burguesa incomprendida” del poema de Miguel Méndez, *“veinte años de lugares comunes y... boca repleta de palabras usadas”*. No soy más que la niña de su casa jugando a la villana, o viceversa.

“Quizá esta misiva, antes que un auto exorcismo ‘humanista’ no es más que un trabajo por encargo”.

No puedo prometerte, ni prometerme, hacer el amor como los serafines o las hágiras griegas. Y menos aún si, contra

las expectativas, no me dejas punzada como ese amante que tuve en mi juventud, que la primera vez que me vio desnuda dijo: “eres como las mujeres de los cuadros de Rubens”. Lo único seguro es que al final de ese día, yo obedeceré a mi instinto de supervivencia y antes de cerrar los ojos y mimetizarme en tus vellos oscuros, se me vendrá a la memoria las palabras de María Mercedes Carranza: “este hombre va a morir hoy es la última tarde de sus días”. **E**